

AMALIANA

20 páginas

Precio 20 ctvs.



Domingo de Ramos

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

PANADERIA Y PASTELERIA

"SANTA ROSA"

DE LUIS A. PALADINES

Carrera MONTUFAR N. 71.

INSTALACION MODERNA REPARTO A DOMICILIO

TELEFONO 3-7-7

GRAN PANADERIA Y PASTELERIA

La Panificadora

Montada con todos los adelantos modernos, esta Panadería y Pastelería, elabora un pan de superior calidad, con toda la escrupulosidad que la higiene requiere.

Se admiten encargos para la confección de pasteles y dulces de toda clase, con un día de anticipación.

Fabricación de galletas finas, confituras, chocolates y bombones de toda clase y estilo.

Se atiende toda clase de encargos.

"La Panificadora"—CARRERA "ANTONIO GIL", N° 174.—Teléfono 504.

EDUARDO RIVERA

Saluda atentamente al culo público de la Capital y tiene el honor de poner a sus órdenes su nuevo almacén de artículos para caballeros, señoras y niños, perfumería y novedades, situado en la carrera Venezuela, casa de la familia Rodríguez Arteta.

CARICATURA

SEMANARIO HUMORÍSTICO DE LA VIDA NACIONAL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN Mejía N.º 70, casa del Sr. Dr. Curi.

AÑO I

Quito, Ecuador, domingo 13 de Abril de 1919

N.º 18

Redacción: Alberto Coloma Silva, Jorge Diez, Enrique Terán y Guillermo Latorre.

ADMINISTRADOR: J. Fuente Arévalo.

NOTA.—Este semanario no tiene Dirección.



La Semana Santa

—o—

PRINCIPIA mañana la Semana santa, la semana de pasión, o sea la semana de la voluptuosidad, del dolor y de la sangre.....

Días de dulce paz y de consuelo infinito nos esperan. También nosotros sentiremos esa comunión con los seres buenos que en el stormentado martirio del alma, en ese inescabable temor a la muerte y al más allá, encuentran la suprema felicidad, oyen a la propia alma,—en medio del dolor, producto de la fe—cantar algo que es de iluminados, ultraterreno y que no alcanza a vibrar en el sentimiento de los que hemos perdido toda esperanza y en el continuo pensar toda creencia.... Felices las almas piadosas que en esta semana encontrarán un momentáneo olvido de la vida, un refugio a la herida que sangra y al anhelo que mata. Bienaventuradas esas almas que en la voluptuosidad de su angustia mística y en el placer del arrepentimiento fervoroso—que obra los más raros milagros en el estado de las almas—aspirarán, cuando la locura congeladora divise la cumbre, fundirse en el infinito y hallar de una vez la serena paz por todos los siglos....

Oh! semana de dolor, de voluptuosidad y

de sangre..... del más extraño dolor, de la más rara e intensa voluptuosidad y de la sangre más santa.... ¡Cómo no quisiéramos ser otros!—Ser pobres monjes oscuros y tiernos, en cuyo pecho se aice el santuario del Señor.... Llevar una vida humilde y sin galas, alumbrada sólo por la fe y por la hoguera de la pasión.... e ir regando a lo largo de la vida las flores del alma, con la «hermana fuente», con el «hermano ruiseñor», con el «hermano lobo», tal como quería el Pobre-cito de Asís....

Y sobre todo podrá haber consuelo mayor que hallar en la fe la más dulce panacea para el dolor humano y en el martirio religioso encontrar una voluptuosidad exquisita y sagrada que nos abra el corazón para todas las piedades y convierta nuestro pecho en cáliz para todas las lágrimas....

Ah! Divino amor, divino arrepentimiento, divina fe que en algo siquiera puedes indemnizarnos de este mal de la vida, que nunca la pedimos ni la quisimos....

.... En todo nos hace pensar la semana que ya viene. Viviremos en una calma que ni el bronco de las campanas despertará nuestro sueño místico. Y por todas partes aspiraremos el misterioso perfume del incienso y de la mirra.

Y los días serán tristes, desolados, largos, medifabundos, tal como conviene a días de voluptuosidad, de dolor y de sangre....

NOTA.—Para evitar cualquiera inmotivada alarma en el público que lee este Semanario, anunciamos que el próximo número correspondiente al Domingo de Pascua no aparecerá por haber resuelto "Caricatura" y los empleados de su dependencia (litógrafos, tipógrafos, prensistas, etc.) entrar a ejercicios espirituales, para purificarse y salir completamente arrepentidos, mansos y humildes, el Domingo de Cuasimodo.

Ayudadnos a pedir al cielo nos conceda la gracia del santo arrepentimiento de tanta inocente. . . . tomadura de pelo!

Crónicas de la época

Y pasan los años y siempre lo mismo. La rueda del tiempo sigue deshiliando impasiblemente el hilo de la vida, de nuestras vidas. Hoy como ayer y como hoy mañana hasta que, quién sabe que deseado cataclismo nos obligue a variar forzosamente de la postura a que indolentemente estamos acostumbrados, a menos que den en visitarnos embajadas extranjeras, epidemias y pestes, extranjeras también, y como antídoto, no de las embajadas sino de las epidemias, comisiones científicas, higiénicas y sanitarias.

Transcurridas ya las cuatro dominicas de cuaresma, excesivamente larga para los que se han ejercitado en la purificación del alma y la mortificación de la carne, por el ayuno, la oración, las pláticas de los ministros de Dios,—las mismas siempre para que no se diga que en algo variamos,—y otras más o menos aburridas disciplinas; y que ha transcurrido sin sentir para los que en vez de asistir a estas santas prácticas, han tenido el buen gusto de pasársela rodando en el salón de patines, en las tandas vermouth, en las tandas té y en todas estas inocentes, pecaminosas y agraescentes distracciones, hechas aquí, como a la puerta de un templo, al borde de la Semana Santa.

¡Domingo de Ramos! ¡Hosanna! ¡Hosanna!

Precisamente en este mismo día, domingo 13 de abril de hace 1919 años entraba el buen Jesús, el manso profeta que arrojó a latigazos del templo a los mercaderes, (como pretende hacerlo hoy cierto desconocido señor, crítico espontáneo, que desde las columnas de "El Comercio" quiere fustigar a los malos poetas y cronistas de pega que han invadido el *Parnaso*? . . . eunutoriano) a horcasjadas sobre un borrico, en la ciudad de Jerusalén y era aclamado por las muchedumbres que recibían en triunfo, con palmas en las manos y con apoteósicos cantos: ¡Hosanna! ¡Hosanna!

Decía que estamos al borde de la Santa Semana que la Iglesia católica celebra todos los años aunque no con igual solemnidad en todas partes, porque no es lo mismo la Semana Santa de Roma o de Sevilla que la de Quito, ni la de Quito como la de los pueblos circunvecinos, o como la . . . de otros pueblos. Pero con todo, se hace lo que se puede, y éste como todos los años anteriores tendremos ocasión de apreciar y admirar,

desde el tablado, las ya admiradas ceremonias que acostumbra la pomposa liturgia del rito católico, con sus imponentes procesiones, donde los tardos canónigos arrastran la fúnebre seda del fastuoso ropaje, entre humaredas asfixiantes de incienso y éxtasis de bocas abiertas de cabeceitas de cinco años.

Y los santos sacerdotes católicos se desganitan desde los púlpitos, clamando ante las aburridas multitudes, contra la antipática y angustiosa despreocupación de las gentes modernas para todo lo que se relaciona con la religión, con la Iglesia y sus ministros. Pasa que los señores pastores del rebaño de Cristo tengan razón en este punto, pero si la gente moderna pasa todo el año completamente olvidada de las obligaciones religiosas, en cambio, en la Semana Santa, compensa este olvido, poniendo toda su atención y su asistencia exclusivamente a las ceremonias de esta semana que absorbe y concentra a la religión la vida de la ciudad, dándole un carácter pesado de atmósfera cargada de presencia y de incienso.

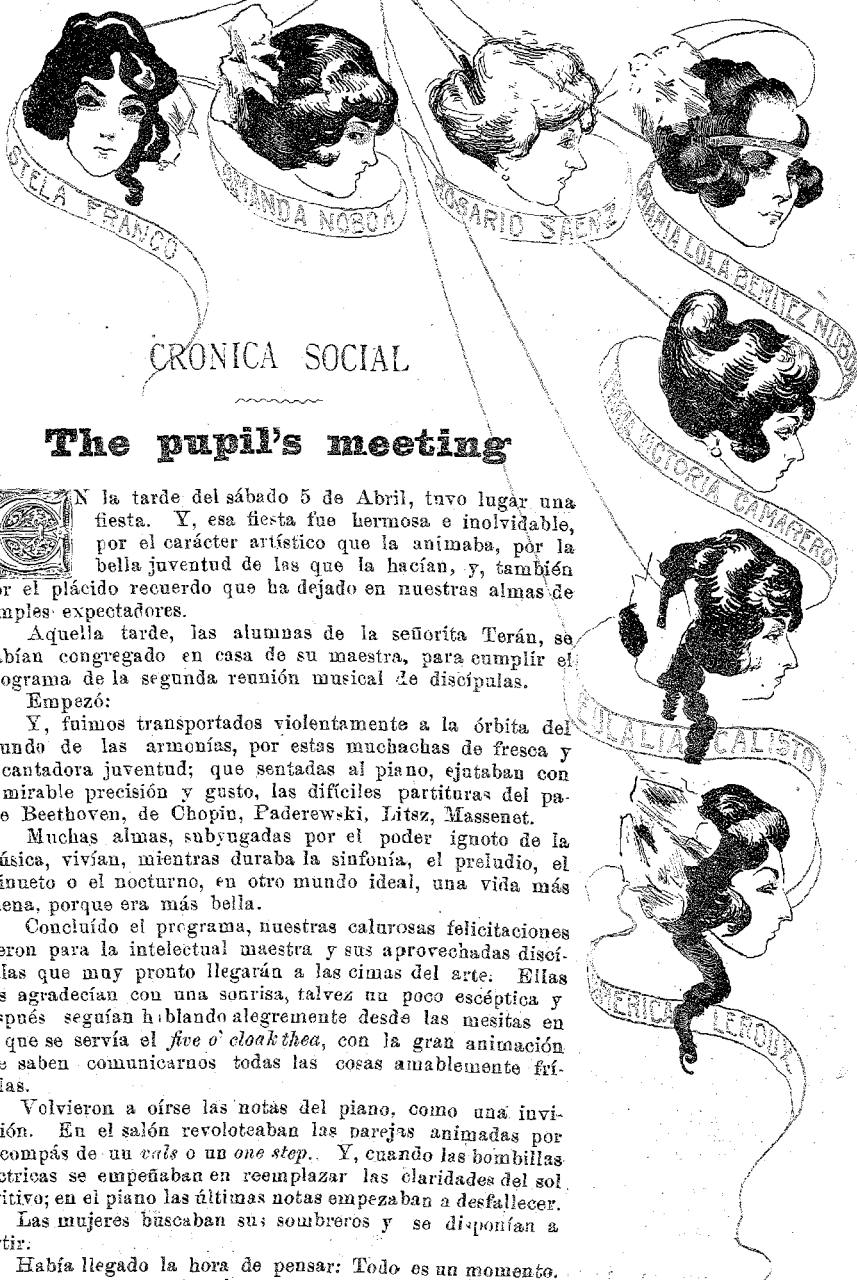
Días Santos, santas horas que pasan para gloria del Señor y honra de su Iglesia incommovible, en la claroscuridad de los templos donde se arremolina el rebaño de Cristo a sudar, a ver a los demás y a dejar que pase la vida inconsciente mientras un predicador hace el relato de la pasión y muerte del Hijo de Dios y un clérigo con voz gan-gosa y monótona canta unos latines.

Días que me hacéis recordar, no "otro tiempo mejor que no puede volver" sino aquel tiempo no lejano de colegio que a la verdad no querría vivirlo otra vez, en que nos veíamos forzados a vivir dentro del templo como ratas o como viejas, y en que martirizaban nuestras pobres rodillas con el suplicio de los rosarios, de las estaciones y de otras mil cosas inventadas por nuestros sabios preceptores para disciplinar nuestros espíritus inquietos.

¡Con cuánto horror os recuerdo días sombríos y crueles, de los labios plegados, la vista baja y los brazos sobre el pecho!

Alonso Quijano.





CRONICA SOCIAL

The pupil's meeting

CON la tarde del sábado 5 de Abril, tuvo lugar una fiesta. Y, esa fiesta fue hermosa e inolvidable, por el carácter artístico que la animaba, por la bella juventud de las que la hacían, y, también por el plácido recuerdo que ha dejado en nuestras almas de simples espectadores.

Aquella tarde, las alumnas de la señorita Terán, se habían congregado en casa de su maestra, para cumplir el programa de la segunda reunión musical de discípulas.

Empezó:

Y, fuimos transportados violentamente a la órbita del mundo de las armonías, por estas muchachas de fresca y encantadora juventud; que sentadas al piano, ejecutaban con admirable precisión y gusto, las difíciles partituras del padre Beethoven, de Chopin, Paderewski, Litz, Massenet.

Muchas almas, subyugadas por el poder ignoto de la música, vivían, mientras duraba la sinfonía, el preludio, el minueto o el nocturno, en otro mundo ideal, una vida más buena, porque era más bella.

Concluido el programa, nuestras calurosas felicitaciones fueron para la intelectual maestra y sus aprovechadas discípulas que muy pronto llegarán a las cimas del arte. Ellas nos agradecían con una sonrisa, talvez un poco escéptica y después seguían hablando alegremente desde las mesitas en las que se servía el *five o'clock tea*, con la gran animación que saben comunicarnos todas las cosas amablemente frívoles.

Volvieron a oírse las notas del piano, como una invitación. En el salón revoloteaban las parejas animadas por el compás de un *wals* o un *one step*. Y, cuando las bombillas eléctricas se empeñaban en reemplazar las claridades del sol fugitivo; en el piano las últimas notas empezaban a desfallecer.

Las mujeres buscaban sus sombreros y se disponían a partir:

Había llegado la hora de pensar: Todo es un momento. Pero esto no nos entristecía, porque ese minuto, lo habíamos vivido plenamente.

R. de S.

LOS PATINES

Su origen poético

Traducido del inglés por J. R. Arturo,
para "Caricatura".

En Laponia y a orillas de un hermoso lago; sus distracciones eran las arborescentes, acometer a veces a los osos blancos, y confiarse en frágil barquichuela a las orillas del lago, casi siempre bravío a las orillas de los vendavales.

Ayudado Sacket en su juventud, fuerza y energía, se había impuesto una cotidiana obligación: todas las noches cruzaba el lago para ir a ver a su amor, la encantadora Milka, de ojos bellos color de zafiros, quien moraba en la orilla opuesta en un tétrico cottage de madera. Ella lo esperaba anhelante como Hero a su Leandro.

Una tarde melancólica y fría, Sacket triste, muy triste, se ocupaba en preparar todo para su viaje nocturno. Hallándose en esto, ve llegar hacia él un viajero que le dice: «¡Milka te llama, se muere! ¡Milka desea darte su último beso! ¡Quiere le cierras para siempre sus ojos de zafiros!»

Inmediatamente corrió Sacket a desatar

su barquilla; mas, todo intento por moverla, fue en vano. Lo que había sido siempre superficie agitada por las ondas, ¡oh dolor!, transformada estaba en terso espejo. Pretendió después encaminarse por la helada superficie; corría, volaba desesperado; pero, a cada paso el hielo crujía abriéndose a sus pies. Luego pensó: «me importaría poco mi vida, hasta la perdería gustoso siempre que pudiese haber cerrado con un dulce beso los bellos zafiros de mi adorada Milka; mas, morir sin verla, sin que ella me bese con sus labios contraídos ya quizá . . . ¡oh!, esto es atroz».

Sacket ideó correr por las riberas del lago; pero, juzgó llegaría demasiado tarde, y . . . Milka lo esperaba, sufría . . . y extraña cosa . . . a la muerte detúvola hasta verlo.

Al fin optó Sacket por arrancar dos pequeñas tablas de su embarcación, atóselas a los pies y se deslizó raudamente por la congelada superficie. Parecía empujado por los dioses; así llegó muy pronto a donde Milka que lo esperaba aún.

Después . . . juntaron sus labios en un supremo beso. Milka murió en sus brazos, y Sacket, conmovido y piadoso, tuvo la tarea penosa—aunque satisfactoria—de cerrar los ojos de zafiros. . . .

Guayaquil, marzo 26 de 1919.

NUESTROS POETAS

ROMANTICISMO

—o—

Mil sueños, mil delirios, en multitud lunática se agolpan en la vía para verte pasar: místicos, embriagados por su pasión fanática, que creen que tu salvas con sólo tu mirar.

Y tú sales del templo en que viviste estática, hastiada del deseo de gozar y de amar, a dominar la baja multitud idolátrica, a despreciar un culto que nunca has de aceptar.

¡Fanatismo romántico, miserable ficción!
Suspiraba tu pecho por una realidad:
y encuentras mil esclavos... ¡ni un solo corazón!

¡Las ruedas de tu carro triturén sin piedad a la turba cobarde, como el de Jagannath, y quedarás vengada de tu desilusión!

Francisco Bustamante P.

Febrero de 1919.

Señor, yo no me quejo!

—o—

A JORGE ARAUJO CH.

Señor, yo no me quejo si eres malo conmigo, si me negasteis toda fugaz consolación, porque estuvo en mis manos el burlar tu castigo con un gesto de gloria o un sarcasmo bufón.

Señor, yo no me quejo, ni tu gracia mendigo si me robas la última flor de mi ilusión, porque para llorarla aún conservo a mi abrigo dos lágrimas guardadas dentro del corazón.

Señor, yo no me quejo jamás a un enemigo.... Nunca tuvo la queja cuartel en mi blasón, ni manché con plegarias el camino que sigo.

Señor, yo no me quejo porque es imploración.... Imploran los que aspiran a salvarse contigo, y yo no aspiro a nada: ni a tu triste perdón...!

Francisco de B. Borja C.

Quito, Marzo de 1919.

Nuestros Artistas

Humberto Fierro

El poeta accedió a dejarse interrogar. ¡Conocéis a este poeta que vive en el silencio y lejos de la vida? Es el alma más delicada y extraña que han descubierto mis ojos en su interminable anhelo de hallar una emoción honda para el corazón. . . Y vino el poeta a verme. Estábamos en "La Nación". Y mientras yo daba fin a la prosa amazotada con que se reviste de elegancia a un editorial, el poeta hablaba con Julio Moncayo y Jorge Díez.

—Acabo de releer el "Quijote" y he salido en busca de aire y de la noche sedante; mientras Sancho se quedó llorando. . . No hay libro más triste que este libro maravilloso.

El poeta, con una charia florecida de sonrisas, nos descubría las emociones que había cosechado a lo largo del libro divino.

—¿Y ahora qué libro piensa leer Ud?—le interrugué yo, en tanto tocaba el timbre.

—Me gustan los extremos. Voy a empezar Amiel. Es otro libro de mis horas. Yo sigo el consejo de Balzac. "No es bueno siempre ni el mismo libro ni el mismo amigo".

El Regente entró, se llevó las últimas cuartillas del editorial y yo le decía al poeta:

—¡Qué bello es Amiel! Parece imposible que sea el diario íntimo de un burgués.

—¿Cómo puede figurarse que Amiel haya sido un burgués? Alma tan exquisita. . .

—Bourget lo dice así.

—¿Y Ud. cree en Bourget? Amiel fue un herético, y eso ha de confundir Bourget con la burguesía. Bourget no pasa de ser el onanista de las burguesas.

Julio Moncayo nos interrumpe. Y suelta una frase lapidaria en la que coincide plenamente con el poeta en su opinión sobre el novelista francés. Una frase que no la puedo transcribir aquí. . .

—Bueno, les digo yo, vámonos! Es necesario, querido Humberto, que le hagamos hoy el reportaje.

Abandonamos la redacción. La noche estaba lunada y serena. Nos urgía un refugio y el poeta nos invitó a "La Palma". Cigarrillos, un poco de cerveza, un poco de café y empezamos a charlar.

—¿Cuál es su aspiración de belleza, cómo define Ud. su ideal artístico?

—¡La sinceridad! Yo tengo como principio la sinceridad, como el único elemento necesario para crear obras fuertes y originales. Y después el verso de Verlaine: "La música ante todo". . .

—¿Cuál es el poeta que más ha influenciado en su espíritu?

—Heine, Heine es el ruseñero que más adoro— porque es el poeta de más sentimiento y que carece de artificio.

—¿Y cuál juzga Ud. el mejor poeta del mundo?

—D' Annunzio, el de la raza latina.

—¿Y de América?

—Me gusta mucho Valencia por su poema "Los Camellos"; pero me parece en el resto muy artificioso.

—Pero si el arte es artificio.

—Sí. Pero el mejor arte está en saber ocultar el arte. Porque a mí sólo me encanta lo que emociona y destila sentimiento.

—Entonces, el parnasialismo no le agrada?

—Me agrada naturalmente, porque tengo el culto de las bellas formas; pero tan sólo como un intermezzo. Me da la sensación de penetrar a un santuario poblado de estatuas inertes. Y el supremo arte me parece el que logra llevarnos en el vértigo de la emoción, sin que tengamos ya ojos para analizar el verso: ni detenernos en la rima. Gozamos con su música, pero nos embarga íntegramente el sentimiento. Y al final exclamamos: ¡Qué gran poeta! y no: ¡Qué versos tan bien hechos! . . .

—Tiene Ud. razón. ¿Ama Ud. la tristeza? ¿Cree Ud. en la elegancia de la tristeza, y en ella como un elemento de arte?

El poeta sonrió. Nuestros cigarrillos despedían largas espirales de humo, retorciéndose en caprichosas ondas, que ante las pupilas medio cerradas fingían gráciles curvas pecadoras. . . Apuramos un sorbo de cerveza y el licor fulgía en los vasos con irradiaciones escandalosas de líquido topacio.

—La tristeza es indispensable en el arte. Y yo voy tan lejos que creo que sin ésta no puede haber belleza. Pienso como Poe que la melancolía es el mejor ropaje que sienta al verso.

—La divina belleza de la melancolía, que dijo Leonardo, exclamé yo y continué:

—¿Ama Ud. la luna?

—Sí, porque me vuelve lunático, es decir, un deseo urgente de cantar.

—¿Le gusta el campo?

—Me encanta.

—¿Qué hora le place más?

—Las seis de la tarde. Tengo la obsesión de los crepúsculos. En mis poemas siempre hay un ocaso que rima armoniosamente con mi alma. Hagamos la prueba. Y no recité un poema maravilloso en que una dorada agonía de la tarde iluminaba la lamentación del alma frente a sus ruinas.

—¿Ya ve Ud?, continuó. Y así todos, todos los cuarenta poemas que contiene mi libro "El Laúd en el Valle" tienen un crepúsculo.

—Es Ud. modesto o inmodesto?

—Nada. Sólo quiero ser poeta y hacer arte.

Guardamos un instante de silencio. A veces, una pregunta o una respuesta daba lugar a largas disertaciones que nos apasionaban a los cuatro. Y en el hilo de la conversación tocábamos tópicos sugestivos a lo largo de los cuales iban desfilando almas y poetas en amable armonía. De allí surgió esta pregunta:

¿Qué le parece el criollismo?

—Me parece una tendencia para poetas medianos. Es el anhelo de circunscribir la belleza a una localidad cuando la aspiración del artista debe residir en el afán de trabajar obras universales. Figúrese a D' Annunzio forjando poemas criollos. Eso está bueno para los Chocanos. Recuer-

do que una tarde fue Arturo Borja a mi cuarto. Llevaba en sus manos un paraguas de monja de la caridad: la varilla era de palo y la tela tan gruesa que parecía un glibo. Lo colocó por allí. Más cerca se hallaba el mío, fino y estirado, dentro de la funda de seda. Arturo se fijó en el contraste que presentaban los dos y dijo: Fijese poeta: D' Annunzio y Chocano. El italiano era el paraguas mío y el peruano su temible armatoste...

—¿Qué concepto tiene Ud. de Arturo Borja?

—Era un muchacho genial. Yo sabía de su existencia, pero me lo figuraba un chiquillo pueril. Una mañana apareció en «El Ecuador», diario que redactaba Constantino Abelardo Espinosa, mi primer soneto "Fantasía desobtigante".

—Le conozco. Aquel que termina: Impaciente, Pegasa ya piáfaba.

—Exacto. A la tarde me hallaba solitario en la plaza de la Independencia cuando se me acercó un muchacho recitando mi poema. Luego se me presentó. Era Arturo Borja. Charlamos largamente, nos fuimos al Club Pichincha y desde aquel instante fue mi mejor amigo, el único que interrumpía los silencios profundos de mi vida.

—Algo he oído de su vida. Es usted neurástico, verdad?

—Siempre lo he sido. Amo la soledad entrañablemente. Y vivo en mi neurosis como el pez en el agua.

El poeta sonrió levemente y añadió:

—Ahora quiero yo preguntar a Ud. una cosa: ¿que entiende por neurosis?

Rápidamente repuse:

—Es la pregunta q' debemos hacerle al público.

—El público. . . . bah!

—¿Tiene Ud. el culto del yo?

—Sí. Cultivo mi yo intensamente, pero sin llegar a ser un Narciso.

—¿Como crea Ud?—pregunté.

De memoria, siempre trazo los versos primero en la imaginación y luego los traslado al papel.

—Le preguntaba esto, porque hay poetas que se sientan ante la cuartilla sin una idea sin una emoción y luego cincelan un poema exquisito. Jiménez me parece de estos. A veces se torna por lo mismo inentelible.

—Claro, es que Jiménez es poeta hasta en el W. C. A mí me ha sucedido lo mismo, pero cuando no se trata de un soneto. Para el soneto es indispensable tener bien concebida la idea y bien planeado el asunto. Cuando el numen arde, si

puede cantarse, en una como admirable inconsecuencia. Es lo que me pasó con mis «Dilucidaciones». Las creé en una noche de divina locura y nacieron sin que yo me dé cuenta. Las había escrito y al otro día constituyeron para mí una sorpresa.

Has de saber, Hermano Lector, que "Dilucidaciones" es un conjunto de perlas y piedras preciosas q' le sirvieron de vasos lindísimos para que el poeta vaciara el pensamiento de su alma atormentada por el "mal de la vida":

—¿Cuál le parece el primer poeta ecuatoriano?

—Crespo Toral tiene su mérito, como lo tiene Miguel Moreno; pero no alcanzan a emocionar. Son de esos poetas que para crear tienen la imaginación embargada por lo que dirá don Quintillano Sánchez. Y lo que dice Quintillano está bien les parece la última palabra. Son académicos. El primer poeta me parece Ernesto Noboa.

—¿Y el prosista?

—Gonzalo Zaldumbide.

—¿Que opinión tiene sobre Calle?

—Un gran talento, pero una gran ignorancia. Trataba de hacernos creer que era un periodista ilustrado, porque citaba todo lo último que había leído en un catálogo. Pero desbarraba lamentablemente. Tiene sacrilegios y cosas inconcebibles como aquella de decir que Ruben Darío, Maestelink y Verlaine son unos mostrencos.

—¿No ha cultivado otras artes?

—Pinto un poco. Tengo varios apuntes. Y espero desocuparme un tanto de las urgencias de la vida para dedicarme al pincel. La música me encanta y tengo grandes disposiciones que no he cultivado. Oierta vez que me dediqué, a los quince días tocaba ya tres vales en el piano.

—¿Cuáles son sus dioses mayores en la música?

—Beethoven, el primero, y luego Wagner y Chopin: Pero creo que el verso es la forma máxima del arte. . . .

Aún seguimos charlando largamente. Eramos cuatro juventudes que habíamos olvidado por un instante la cotidiana pena oscura y que habíamos dejado que nuestras almas se abandonen a su placer. Y viajaban en el júbilo de la conservación como la de Baudelaire viajaba embriagada en los perfumes. . . .

Dilettante

A nuestros suscritores

Se avisa a todas las personas que sean suscritas a este periódico, se sirvan solicitar del repartidor sus respectivas **tarjetas de abono** que se han puesto en circulación para la presente suscripción, en caso contrario serán suspendidas dichas suscripciones.

Además se previene a las personas que estimen nuestro Semanario, que no quieran darse sin número, por agotarse la edición, se suscriban para evitar este inconveniente.

Los que deseen completar sus colecciones soliciten números atrasados en

La Administración.

Siluetas de hombres interesantes



Liberal reposado, hacendista meticoloso, comerciante prudente y seguro y militar amante de la humanidad. Sereno en los momentos de conflicto, opuso siempre su semblante inalterable a las exageraciones pesimistas de la mala conciencia. La administración encontrará bastante por aprovechar aún de este filón aurífero.

Don Catalino, hombre sabio

Fuí a ver a D. Catalino. Recordarán ustedes que D. Catalino es todo un sabio, esto es: un tonto. Tan sabio que no ha sabido nunca divertirse y no más que por incapacidad de ello. Lo que no quiere decir que D. Catalino no se ría; D. Catalino se ríe y a mandíbula batiente; pero hay que ver de qué cosas se ríe D. Catalino. ¡La risa de D. Catalino es digna de un héroe de una novela de Julio Verne! Y no diría yo que D. Catalino no le encuentre divertido y hasta jocosos, amén de instructivo, ¡por supuesto! al tal Julio Verne, delicias de cuando teníamos trece años. D. Catalino es, como ven ustedes, un niño grande, pero sabio, esto es, tonto.

Don Catalino cree, naturalmente, en la superioridad de la filosofía sobre la poesía, sin habersele ocurrido la duda—D. Catalino no duda sino preferentemente, por método—si la filosofía no será más que poesía echada a perder, y cree en la superioridad de la ciencia sobre el arte. De las artes prefiere la música, pero es porque dice que es una rama de la acústica, y que la armonía, el contrapunto y la orquestación tiene una base matemática. Infútil decir que D. Catalino estima que el juego del ajedrez es el más noble de los juegos, porque desarrolla altas funciones intelectuales. También le gusta el billar, por los problemas de mecánica que en él se ofrecen.

Un amigo mío, y suyo, dice que D. Catalino es anestético y anestésico. Pero anestésicos son casi todos los sabios. Al cuarto de hora de estar uno hablando con ellos se queda como acorchado y en disposición de que le arranquen, sin dolor alguno, el corazón.

Don Catalino cree en la organización, en la disciplina y en la técnica, y es feliz. Tan feliz como un perro de aguas que le acompaña en sus excursiones científicas. Al cual perro de aguas le ha enseñado, para divertirse, a andar en dos patas y a salir por un aro. Por donde se ve que no estuve del todo justo al decir que D. Catalino no sabe divertirse. Aunque hay quien dice que no es por diversión, sino por experimentación, por lo que D. Catalino, perfecto mamífero vertical—que es la mejor definición del *homo sapiens* de Linneo—ha enseñado a su perro a verticalizarse, es decir, a humanizarse.

Además, D. Catalino le ha enseñado a un loro que tiene, a decir: "dos más tres, cinco" y si no le ha enseñado $(a+b)^2 = a^2 + 2ab + b^2$ o el principio de Arquímedes—"todo cuerpo sumergido es un líquido, etc"—es porque esto resultaba demasiado largo para un loro. Y D. Catalino se empeña en ser mejor para el loro el que aprenda eso de "dos más tres, cinco", que no "lorito real, para España y Portugal" u otra vaciedad por el estilo. Vaciedad, así la llamaba él. Y no pude convencerle de que en boca del loro tan vaciedad es el "dos más tres, cinco" o un axioma cualquiera.

—No—me decía D. Catalino—ya que los loros hablen que enuncien verdades científicas.

—Pero, venga usted acá, D. Catalino de mis pecados—le dije—dejando a un lado eso de verdades científicas, como si no bastase que fueran verdades a secas, ¿usted cree que un axioma o el

principio más comprobado es, en boca del loro, verdad? Ni es verdad, ni es nada más que una frase.

—La verdad es algo objetivo, independiente de la intención y del estado de conciencia de quien la enuncia.

Y D. Catalino se disponía a desarrollar este luminoso apotegma y a demostrármelo por *a* más *b*, cuando me puse en salvo. Porque D. Catalino, sabio anestético y anestésico, es más objetivo todavía que las verdades científicas que enuncia. Y no hay nada que me desespere más que un hombre objetivo.

Infútil decir que a D. Catalino se le conoce mucho y mejor en Alemania que en esta su ingrata patria. Como que yo creo que aquí se empezará a conocerle cuando se traduzca su gran obra de la última traducción alemana. D. Catalino está en correspondencia con los grandes espadas extranjeros de la especialidad que cultiva, con los don Catalinos de Europa. De Europa con unidad intelectual, por supuesto.

Don Catalino se lamenta de nuestra ligereza, de nuestro exeso de imaginación. Esto del exeso de imaginación, que es una manía de don Catalino, es su manera de decir, porque nuestro sabio, hablando de imaginación, es como un buey mugiendo amor. Un día le encontré apenadísimo y casi indignado. Yendo de viaje, en un momento de distracción tentadora, se le ocurrió leer una crónica de Julio Camba y luego me decía: "¿esto no es serio. . . esto no es serio! . . ."

—¿Y qué es lo serio, D. Catalino?—le pregunté.

—Bueno, dejémoslos de paradojas—me contestó.—Eso que yo le digo a usted, amigo don Miguel, es que, a título de humorismo y por hacer reír a las gentes, se produce un lamentable espíritu de irreverencia hacia la Ciencia. . .

No se descubrió al pronunciar la palabra Ciencia—y la pronunció así, con letra mayúscula—pero es porque estaba ya descubierto. Yo volví a ponerme en salvo, de miedo de que intentara demostrarme que es pernicioso para un pueblo el espíritu de irreverencia para con la Ciencia y sus abnegados cultivadores.

Como se ve, cada vez que me pongo a tiro de D. Catalino acabo por escaparme, buscando ponerme en salvo. Y es que temo que acabe por convencerme de algo, que sería para mí lo más terrible que pudiera sucederme.

Fuí, pues, como dije, a ver a D. Catalino. Quería conocer su opinión respecto a esta guerra. Es decir, respecto a la guerra precisamente, no, sino respecto a los zeppelines, a los submarinos, a los morteros del 42 y a los gases asfixiantes. Esperaba oírle cosas regocijantes y peregrinas sobre esos grandes adelantos de la ciencia aplicada. Pero apenas me tuvo D. Catalino a tiro me espetó a boca jarro, este epifonema:

—Hombre, me alegro verle a usted, para decirle que cada vez le comprendo a usted menos.

—¡Tanto honor! . . . exclamé.

—¿Cómo honor?

—Honor, sí. El no ser comprendido por un sabio, y por un sabio como usted, D. Catalino, es uno de los más grandes honores.

--Pues, no le comprendo. . . .
 --Yo sí comprendo que usted no lo comprenda. Porque ustedes los sabios estudian las cosas, pero no los hombres. . . .
 --Hombre, hombre, amigo don Miguel. . . . Hay antropólogos, es decir, sabios que se dedican a estudiar al hombre. . . .
 --Sí, pero como cosa, no como hombre.
 --Y psicólogos. . . .
 --Sí, que estudian también el alma objetivamente, como una cosa. . . .
 --¡Ah--exclamó--usted es partidario, sin duda, de la introspección! Pues verá usted. . . .
 --No yeré nada--le dije, aterrado--me acuerdo de repente que tengo una cita. Volvéré otro día. . . .
 Y me escapé una vez más. Fúime a casa a leer un poeta cualquiera, el menos científico, forzosa-

mente convencido de aquella verdad de que si el poeta es loco, el sabio, en cambio, es tonto de capirote. Y entre oír los graciosos embustes de un loco o las ramplonas verdades científicas de un tonto no cabe duda alguna. Me divierten más las aventuras de Belerofonte o la leyenda de Edipo, que no el binomio de Newton. Y en cuanto a utilidad, como al fin y al cabo se ha de morir uno. . . . La cuestión es pasar la vida divertido. Y aunque me divierto con D. Catalino, puedo asegurarles a ustedes que D. Catalino no me divierte. No pasa de ser para mí una rara estética; quiero decir, un sugeto para bromas de mal género, como con esta semblanza pretendo darle. ¡Porque cuando la lea! . . .

Miguel de Unamuno.



EL OTOÑO DE LOS SILFOS

PARA «CARICATURA».

*Las voces humanas de las mandolinas
 Llenan de dulzura la tarde otoñal,
 Y el alma suspira mirando sus ruínas
 En la melancólica lucha mundanal.*

*Mientras Amarilis morir desearía
 Pierrot busca, enfermo de ocasos en flor,
 La tarde que dora la melancolía
 Y las notas últimas que da el ruiseñor.*

*Los silfos se alejan del Wateau doliente
 Llevando el cadáver de otoño.... Allá al fin
 Hay tanta nostalgia que finge la fuente
 El alma llorosa del mustio jardín.*

Humberto FIERRO.



La Turquesa de milagro

(LEYENDA DE CUARESMA)

Para Luis Barberis J., con mucho cariño.

Al evocar la figura de Lidia, la Amorosa, los ojos de ELLA negros y profundos, me seguían siempre fijos, en la sombra.

I

Era a la hora de nona. El dulce y rubio Rabbí de Galilea, con su paso reposado y majestuoso, salía del alcázar de Marta y de María, acompañado de Juan, el muy amado, y se dirigía a Jerusalén, esperando llegar al templo a la hora de la plegaria.

El sol agonizaba en las lejanías hialinas y diáfanas, enviando a los hombres y a las cosas su llorar amarillo de despedida, su beso pálido de luz final.

Por el sendero polvoriento, pasaban, canturreando canciones exóticas, los mercaderes de Oriente, con sus dromedarios cargados de finísimas telas, de ricos tapices de Damasco, dirigiéndose a Jerusalén, para ofrecerlas a las cortesanas de Judea, en el atrio del Templo. A su encuentro, cuando en ellos fijaba sus ojos el Vidente, hundían la cabeza en el polvo, e imploraban al Hombre, les dejara besar las fimbrias de su túnica. Y todos le seguían, al sortilego conjuro de su mirada y de su voz.

El, hierático y sublime, vertía a su paso, y sobre todos, la misericordia sedante de sus palabras de dulzura desconocida, reveladoras de amor y de verdad, y que tenían el prestigio milagroso de dar la paz y la esperanza.

Y el buen Maestro, hablaba. La bendición inefable de su voz, de sonoridad de oro, de suavidad de terciopelo, llegaba al alma de todos los que le seguían y devotamente le escuchaban, como un tesoro irreal de consolaciones infinitas, y purificaba las conciencias como una agua lustral. El Maestro, como siempre, hablaba del amor. De todos los amores; a las cosas, piedad; a los hombres, caridad; a su Padre, adoración.

Y en este agonizar espléndido del sol, en Palestina, el buen Jesús de las ternuras tuvo palabras fervidas de exaltación, para el santo amor fecundo, para el amor fuerte, generoso y vitando. La naturaleza toda, orgullosa y propicia, parecía escucharle, en su recogimiento augusto de devoción litúrgica. Y el césped verdegeante que orillaba el sendero con su marco esmeraldino, y las hojas de los árboles, en su crepitar febricitante de vitalidad, las piedras, los montes y la augusta serenidad safr del cielo, entonces a su paso y coreaban sus palabras con el himno tónico y vibrante, el himno universal de la fecundidad.

Al voltear el sendero, en un recodo, cuando el sol bruñía la auribronceada cabeza del Rabbí, con un halo de prodigio, apareció ante la comitiva de Jesús, una litera de oro, sostenida por cuatro robustos esclavos etíopes, en cuyos torsos de cicoples desnudos se quebraban los rayos solares. La espléndida litera venía rodeada por una numerosa caravana de curva-



dos dromedarios, vestidos de púrpura y de oro, y en cuyos robustos lomos sostenían ricos cofres de sándalo, con incrustaciones polícoras de metales y gemas.

Del fondo de la litera, y al llegar ya muy cerca de la comitiva de Jesús, surgió, en la gloria de la tarde oriental, la mágica figura, tal una nueva Bellis, de una nábil doncella de sugestiones irreales, el estatuario cuerpo bruno cubierto de una riquísima veste de oro y luz; fijó en ella sus ojos, sus grandes ojos indefinibles el Maestro, y ella, la ignota diosa, corrió apresurada y se arrojó a los pies del Ungido, cubriéndolos de besos; y a un mudo ademán suyo, los esclavos que traían los camellos, presentaron a Jesús el fastuoso presente de los cofres abiertos, que contenían incalculables tesoros de perfumes orientales y de valiosa pedería.

Sonrió el Nazareno, con su inefable sonrisa beatífica de caridad y de consolación, y dirigiéndose a la bella princesa desconocida de los ojos de noche, le dijo: —Mujer, levanta y dime, ¿qué pretendes de mí? Eres bella, dominadora y espléndida, ¿qué más ambiciones en la tierra? Yo parto mi pan con los hambrientos, mi consuelo con los que lo han menester, mi esperanza con los desahuciados, pero tú, ¿qué puedes pedirme en este mundo?

—Amor, dijo conculsa y lacrimante la hermosa peregrina, amor, dulce Maestro. De tierras muy lejanas, de esas tierras en donde en este momento el sol está naciendo, he venido en tu busca porque todas las gentes que han oído tu palabra y han presenciado tus prodigios, me han dicho que tú, que das la vida y la salud, das también amor vivo, amor fuerte, en nombre de tu padre.

Y los grandes y profundos ojos de la bella, despidían fulgores de plegaria, como rayos del sol agonizante.

Al oír las fervientes palabras de la princesa, se dibujó en los labios del Nazareno, una sonrisa dulce de complacencia y de ternura.

—¿No eres amada tú, le dijo, que eres bella, poderosa y rica? Y los hombres codician siempre la belleza, los honores y el oro.

—Maestro, codiciada sí soy, pero no amada. La extensa fama de mi belleza, de mis dominios, de mi oro, ha atraído al regio alcázar de mi padre a numerosos príncipes de reinos muy lejanos, en demanda de hacerme esposa suya. Y en los tripodes de plata de mi cámara, han vertido los más preciosos aromas de la Arabia. Pero en ninguno de ellos he encontrado amor; amor, sí, eso que ya adivino y ya presento, como muy puro, como muy bello y dulce; amor, como el que he oído decir a un trovador de la corte de mi padre, cuando le canta, en el ventanal de mi alcázar, sin duda alguna de mis esclavas, más felices que yo, su pasión y su pena. ¡Maestro de las consolaciones, te imploro, en nombre de tu padre, que ya amo, amor, amor, amor!

—En verdad, mujer, te digo, eres amada. No en los príncipes poderosos y ricos has de encontrar al Elegido; no en los que hasta ti llegan de remotos países, atraídos por el ustorio resplandor de tus multifacéticas gemas, de los tesoros que el rey, tu padre, ha acumulado en sus anchisimas arcas, del engañoso brillo de tu corte. El Amoroso, el Esperado, lo tienes muy cerca de ti. Es un amado de mi padre, un humilde, un pobre, que tiene el gran tesoro del amor instigado y que a ti, mujer, te lo ofrece y lo consagra. Porque mi Padre, en sus designios altísimos, al repartir sus dones a todas las criaturas, siempre compensa e iguala a todos. Y a quien da más oro, como ya está pagado, da menos corazón.

—¿Tienes una sortija en tu mano siniestra? . . . Yo lo digo: cada vez que un hombre a ti se acerque, cada vez que a tu lado presentas alguien que te preterda, mira la turquesa persa de tu joya, y cuando notes que el azul de alba pálida de la preciosa gema, se torna en azul de cielo en los atardeceres estivales, mira a ese hombre: él es el Esposo. Ve tranquila, mujer, eres amada. Y cuando seas con el Enamorado, en la plenitud de la felicidad, eleva tu corazón y dirige una plegaria a mi Padre, la Esencia in-creada del eterno amor, y dile:

Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre. . . .

Y ten fe, mujer, mucha fe en mi Padre y en mí, que soy su enviado.

Dos gruesas lágrimas, como dos gruesas perlas del mar Índico, rodaron por las arreboladas mejillas de seda de la princesa exótica, y fueron, en un beso de mística unción, a rociar los pies del Nazareno.

Y mientras los dromedarios de la caravana se perdían en la senda polvorienta; a los últimos reflejos del sol agonizante, fingiendo fantásticas sombras titilantes, aún se oía la exaltación supraterrrena de la voz del Rabbi, que seguía, como siempre, hablando a las multitudes del amor, de todos los amores. . . .

II

Era la noche siguiente de un festín, en cuya gárrula frivolidad, los pretendientes innumerados de Lidia, la princesa exótica, se habían acercado a ella, en pos de encontrar su gracia; pero la gema milagrosa, había permanecido incombustible.

Lidia, la Enamorada, tendida en su triclineo de marfil, de sándalo y de seda, en el alcázar de su padre, rodeada de bellísimas esclavas agárenas coronadas de pámpanos, que danzan en su honor, arqueando los morenos brazos, como asas de ánforas, que cantan y que tocan en sus cítaras melodías de nostalgia y de voluptuosidad para arrullarla, está consumida por la meditación y la obsesión. Extraña a todo, piensa en las palabras, augurales que le dijo el Profeta Galileo, y con hondísima melancolía, hace el recuento numeroso de todos los hombres que se le han acercado, y ante cuya presencia, la turquesa de milagro, ha permanecido impenetrable. Y Lidia, curvado el albo cuello de cisne, sobre las erectas magnolias de los senos, medita, pero espera con fe en el prodigio que le anunció el Maestro.

De pronto, y por el ventanal entreabierto que da a los jardines del palacio, penetra, con el cálido y enervante perfume de los narcisos y de los limoneros floridos, y llega hasta sus oídos, la voz melódica del trovador que sabe cantar, a una de sus esclavas, sin duda, su pasión y su pena. . . .

Tiembla, como nunca, y hunde la princesa; las blancas palomas pica rosa de sus senos, se agitan, como queriendo romper el finísimo cenid que las aprisiona. Hace callar las músicas de las esclavas; y cuando el trovador dice de su amor inefable, imposible y lejano, irguiendo el busto escultural, llevó hasta sus ojos, húmedos de enternecimiento, la mano enojada con la turquesa de milagro.

La gema color de alba pálida, se había trocado en azul, en un azul de atardeceres estivales. . . .

¡Milagro, milagro, milagro!

Y Lidia, en desorden la negra cabellera luminosa, centelleantes de luz irreal sus ojos abismáticos, se lanzó a la avenida de myrtilos, de acelgas y lau-

reles, en donde aún se escuchan las melancólicas quejas del Esposo de su corazón, del prometido por el Profeta bueno. . . .

III

Era en el jardín de los myrtos y de las adelfas florecidos bajo la caricia tibia y plácida de los rayos del sol, que como lluvia de oro, se filtran por entre el follaje de los árboles.

El agua, se muere de risa voluptuosa, besada por el sol, al caer a las fuentes, desde los surtidores mármóreos, importados de la vieja Grecia, y que representan a Afrodita y Eros.

Y allí, en ese marco de serenidad augusta y mística, Artemio, el humilde pajeccillo cantor, el que hizo trocar los colores de la gema de prodigio, une a la universal armonía, el sonido de la cítara gloriosa, y el acento de su voz triunfadora del Amor y de la Vida. . . .

Y Lidia, la Amorosa, ofrece al Amado, en ancha cratera de oro, el mejor vino de los viñedos de su padre, besándolo antes ella, y humedeciéndolo en él, para ofrecérselo, la rosa sangrienta de sus labios.

Y luego, que el esclavo poeta hubo apurado los topacios diluidos del espumoso néctar, mientras las tórtolas propiciatorias, en el atrio, picotean el trigo que en sus manos les ofrece una núbil esclava de Etiopía; los labios de Artemio y Lidia, sitibundos de amor, se unieron en el rito eucarístico del primer beso. . . . La turquesa de milagro, estaba más azul, en la mano constelada de gemas de la princesa Lidia. . . .

Y al desunir los labios, dejando en ellos el perennal reclamo del deseo ya despierto, en la mañana cálida y nupcial, vieron la figura majestática y dulce del Rabbí Galileo, frotar a ras de tierra; en su cabeza de oro, el sol incendiaba un halo luminoso, su diestra se alzaba para bendecir a los enamorados, y en sus labios se dibujaba una sonrisa. . . .

Los dos amantes, unánimes, se pusieron de rodillas, y de sus labios ungidos por el amor, por el milagro, salió ferviente y sincera, la plegaria:

Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre. . . .

MANUEL BENJAMÍN CARRIÓN.

Dominica cuarta de cuaresma.—Año de 1919.

Frivolidades Femeninas

Los Sombreros

Jamás vióse amplitud igual a la que, en lo referente a las formas de los sombreros, nos permite la moda del día.

En otras ocasiones no era posible, sin caer en el ridículo, apartarse un ápice de lo que terminantemente estaba mandado. ¿Que los sombreros se estilaban grandes? Todas las mujeres, de todas las edades, lo llevaban. ¿Que estaba prohibido ponerse más que tocas pequeñas? Todas las mujeres ostentaban formas minúsculas.

¡Ahora! . . . Lo mismo se ven modelos grandes que pequeños, empingorotados sobre el moño o calados hasta los ojos; en lo único que se observa cierta uniformidad es en la sencillez del adorno que llevan todos ellos; un bordado en relieve, una flor menuda, una banda rodeando la copa; a lo sumo, una fantasía de pluma discretísima.

Esta heterogeneidad de modelos es, a más de muy grata a la vista, en extremo práctica y conveniente, porque cada mujer puede elegir entre ellos el que mejor sienta a su tipo, a su talle y a la forma especial de su rostro.

Sólo nos falta ahora, para completar tan feliz estado de cosas; que la mujer aprenda: primero, a elegir con gusto un sombrero que, a más de sentarle bien, armonice con el traje, porque se ven a veces unas combinaciones de vestidos de mañana con sombreros de tarde y viciversa, que destrozan el buen efecto de una cosa y de la otra, y segundo, a po-

nerse el sombrero como es debido porque esto, que parece sencillísimo, no debe serlo en verdad ya que hasta la hora presente, y a parte de las que hacen de su "toilette" un culto, las únicas que saben ponerse bien el sombrero son las mujeres francesas, las de los demás países raras veces aciertan; la española, que ha desechado la graciosa y clásica mantilla, tocado ideal para su tipo brillante, su color moreno, suele colocarse el sombrero de tal modo, que si visto de frente no resulta mal, de perfil forma una línea, un ángulo detestable; la inglesa se lo pone de manera tan extraña, que no parece sino que lo lleva sin sujetar, y que al primer movimiento, al primer soplo de aire ha de perderlo, y como opta siempre por modelos muy grandes y flexibles, creyérase al verla andar que se convierte en un ventilador ambulante en movimiento continuo; la alemana, por otra parte, no se lo pone, o por lo menos la impresión que produce es que ha colocado la cabeza y que desde cualquier altura le han echado un sombrero, y que donde cayera éste, cayó, allí queda.

Sin duda, el secreto de esta superioridad de la mujer francesa, en este terreno, está en que atenta siempre a los detalles de su "toilette", elige un peinado a propósito para el sombrero que ha de ponerse, y como quiera que el cabello sirva de base a éste y le sostiene según quiera ella que le quede el tocado, así dispone arregla sus cabellos.

La solución es sencillísima, y no estaría mal que todas la adoptáramos, o por lo menos hiciéramos la prueba.

Beatriz Galindo.

Ven muerte tan escondida.....

—o—

Llama la atención la frecuencia con que, en Montevideo, se suceden las muertes repentinas. No sólo los médicos, sino también los moralistas, deberían ocuparse seriamente del asunto. Ese hecho es elocuente y sintomático: denota que la existencia no se desarrolla tan apaciblemente como parecería a primera vista. . . . Esas aneurismas, esas roturas cardíacas y esas fulminantes apoplejías que tan continuos extragos hacen a nuestro alrededor, revelan que la vida, entre nosotros, no es precisamente aquella "descansada senda" de que hablara el poeta. . . . Los hombres de la Facultad darán cien explicaciones científicas, atendibles y serias, pero creo que solamente el filósofo hallará la razón verdadera del fenómeno. . . . La vida, en estos países americanos y especialmente en el nuestro, es por demás aleatoria. Pocos son los que pueden jactarse de tener asegurado el porvenir. . . . En los países europeos, con el cálculo, la previsión y el ahorro, el hombre trabajador logra asegurar se una vejez apacible. Sada el quillo nacia los cu cuenta años, economiza hasta sobre la sed y el hambre en los primeros tiempos; pero trabaja con fe y perseverancia, en la seguridad de acabar en rentista. La existencia de un hombre equilibrado se desliza suavemente, sobre el doble carril del trabajo y del ahorro. . . . ¡Pero aquí! Aquí, pocos trabajan y ninguno ahorra. Se vive intensamente, pero al día. Se goza todo lo que se puede del hoy, sin pensar en el mañana. . . . Se despilfarran: se arroja el dinero, a puñados y a los cuatro vientos. . . . Nadie atesora, porque nadie tiene fe en la estabilidad de las ventajas conseguidas. Un pesimismo nato nos lleva a desconfiar del porvenir, sin que pensemos en precavernos contra los males previstos. ¡Hasta los capitalistas, los que tienen agarrada por el mango la sartén de la Suerte, están con el Jesús en la boca, temiendo siempre una problemática revolución! ¡El especulador en fondos públicos teme un pánico en la Bolsa, siempre posible en este país de nerviosos impresionables! ¡El empleado teme que, al primer tropiezo en las finanzas nacionales, le cesen en la mitad del estipendio! . . . Aquí, todo el mundo teme siempre algo, y se pasa la vida temblando. Y eso, precisamente, es lo que nos mata: el Miedo. El miedo absurdo que se apodera del que va por el camino de la vida con la aprensión de que le espera una emboscada, un peligro, un momento terrible, donde menos lo piensa. El miedo del que vive en un orgasmo perpetuo, con la exaltación febril del jugador que a cada momento expone su fortuna y su dicha en un ro-

dar de dados... Y la prueba de que muchos son los que sufren estos terrores, es esa cantidad de víctimas repentinas que la enfermedad cardíaca hace entre nosotros. La angustia continua, gasta, cansa y consume a los corazones débiles.... ¡Felices ellos, por otra parte! En ellos se cumple el deseo formulado por Teresa de Jesús: «Ven, muerte, tan escondida.—Que no te sienta venir....» Y la «pálida mors», se les muestra amiga benévola, ahorrándoles la dura prueba de la agonía. Montaigne, que no fue hombre capaz de escribir sandeces, ha dicho: «No le temo a la muerte, pero sí al morirme...» Y esta distinción, en apariencias sutil, es verdadera y profunda. El sentirse acabar, lenta y seguramente sin esperanzas, es lo único que hay de terrible en el grande y último paso.... Por lo tanto, pueden considerarse favorecidos por los dioses, aquellos que dan, sin recibir previo y molesto aviso, el último salto mortal hacia lo ignoto. ¡Siempre envidié las muertes de Anaeréonte, atragantado por un grano de uva; de Esquilo, sobre cuya calvicie dejó caer un águila la pesada tortuga que llevaba entre sus garras!... o del aretino, que pereció en las convulsiones de una carcajada.... En cambio, me resulta ridícula la muerte del Mariscal de Maurevel, q' murrió, según Saint-Simón, de miedo por haber volcado la sal, o la de Alejandro Guidi, que succumbió al dolor de haber encontrado una errata en la edición definitiva de sus obras... Lo que ya no es de estos tiempos, es el terror que ante la muerte experimentaron antes muchos hombres esforzados, y entre otros Luis XI y el príncipe de Kaunitz, los cuales no permitían que se hablara de «morir» en su presencia. ¡Nació terror, de quienes pretendían ignorar que la Muerte, como dijo Séneca, no es castigo sino ley ineludible! ¡Inexplicable repulsión, para quienes comprenden que la vida está hecha de sepelios continuos, y que un día enterramos nuestra última ilusión, y otro día nuestra última esperanza, y otro día nuestro último deseo, y que, cuando llegamos al término fatal, a la hora suprema, lo que queda por enterrar de todo lo que fuimos, es, al fin y al cabo, tan poca cosa, que no vale la pena de una sola lágrima ni una sola lamentación! ¡Las muertes más tristes son aquellas paulatinas y constantes, que lloñan una existencia: la muerte de la fe, de la ambición, del amor!... Y como decía Janin: la más terrible de todas, es la de la juventud. A los cuarenta años hay que poner el R. I. P. definitivo sobre la pesada lápida de tristezas, bajo la cual se tiende a reposar nuestro cansado espíritu....

Samuel Blixen.



MEMORIAS DE PIERROT



Adolphe Willette va a publicar un libro de memorias; recuerdos de los tiempos pasados, de luchas, esperanzas y decepciones; pero también de trabajo asiduo y constante. A ese libro de recuerdos en que estará lo mejor de su alma, porque el perfume de la vida no está sino en la rebeldía juvenil y en la cansada añoranza, el notable pintor, el dibujante que encantaba a Banville, el Willette de juventud batalladora y ardiente, ha puesto por título, *Feu Pierrot*, el difunto Pierrot.

No hay dolor más grande que recordar el tiempo pasado, dijeron los clásicos; y el dolor es ir enterrando por etapas girones de la vida: hoy un año de locura, mañana un lapso de

pesar, mientras el sol tramonta hacia el ocaso, mientras la bulliciosa savia se tranquiliza, sin por eso hacerse más fecunda, dolor es recordar episodios de vida del difunto corazón!

Willette perteneció a la bulliciosa juventud, altiva y rebelde, cáustica y audaz, pero siempre alegre, siempre con el gesto ciranescos de amor y de galantería, de madrigal y de epigrama.

Willette fundó con el «gentilhombre tabernero» Roberto Salis el famoso Chat-Noir; ennoblecieron ambos el Montmartre que era hasta hace poco la sourisa de París. En el Gato Negro exhibió Willette sus cuadros llenos de ironía, y allí se exhibieron también sus Pierrot diletantes, como los llama Gómez Carrillo.

Célebre fue en el mundo montmartrés el resentimiento de Willette con el gentilhombre cabaretier. «Willette—dice René Bayeán que acaba de hacer una visita al viejo pintor poeta—quita siempre al gentilhombre, y si deja el «cabaretier» es con epítetos sin indulgencia, pero no sin justicia, como afirma Pierrot»:

Viejo está Willette. Su juventud perteneció a la alegre algazara de las reuniones intelectuales del soñado París; no hay acontecimiento artístico de importancia en el que no haya figurado Pierrot. En las famosas comidas literarias de *La Pluma*, él estaba; en los «Postres decadentes» de Cazais, figura también. En los postres decadentes, a los poetas menores de edad se les permitía llevar un bizcocho. Los banquetes de *La Pluma* fueron presididos por Corée, Zola, Verlaine, Claretie, Rodin, Mallarmé. Otra comida famosa fue la de «Poids au Pot» celebrada más que por otra cosa por los menus de Willette.

Pero Willette es célebre, sobre todo, por los Pierrot. Su lápiz irónico y triste también, se detuvo complacido en la poética figura del pálido enamorado de Colombina. Pierrot no es una figura de decadencia, es la visión angustiada de la vida, es el tormento interior que se desborda de lo práctico y trivial, es la idealidad que fiota, el dolor que se hace lamento, la pasión que se desequilibra y también la fortaleza que se exalta: acordémonos que Pierrot ha pasado cuatro años en las trincheras. «El que mejor nos lo ha explicado en las múltiples formas de sus actos y de sus deseos, es el divino Willette», dice Gómez Carrillo.

La línea burlona del lápiz de Pierrot va a sonreír en medio de sus recuerdos o va a evocar emocionado la muerta juventud? ¡El difunto Pierrot!

I. J. B.

"Huir del buey manso?"

Para que me tire un pellizco la rica hembra que me lo pidió y sonría benévolutamente el admirable artista y mi dulce amigo Sixto M. Durán.

(Del libro inédito CUENTOS CRIOLLOS)

¿Un cuentecito que se relacione directamente con tu psicología actual? Tu psicología actual; bueno. Me la está revelando el brillo inusitado de tus ojos, de gitana, agrandados por esas ojeras delatadoras; me la está cantando claro el ritmo desconocido de tu cuerpecito de codorniz dengosa; me la está ponderando esa como hibridación de suspiro y los con que quieres ocultármela por el respeto humano del culto del Amor.... Las nueve y treinta y siete minutos y cuarenta y un segundos y Arturo.... ni las narices, como que sabe que algo que tú te sabes también es un axioma comprobado: que "hambre que espera a Arturo no es hambre" ¿estamos?

Pero vamos al cuento, a uno *rigurosamente histórico*.

Ves esa ardua y dilatada cordillera que como un titánico brazo del famoso Pichíncha penetra valle adentro, arrugando la tierra en caprichosos pliegues y curvando los ríos en múltiples eses de plata, en el afán de echarles el guante a los Andes del frente? Pues atrás de ese brazo hercúleo se oculta timorato y humilde un microcosmos, no un pegujalito, paradisiáco y pecaminoso, lindo como una sonrisa de la Madre Natura: leza que tiene mucho de la Madre Celestina, de la otra, de aquella dulce y tierna que desliza su alva silneta por los claustros de cierto colegio que tú conoces muy bien.

Y aquel paraíso en miniatura, sin manzanas de la discordia o frutas del árbol del Bien y del Mal, ni serpientes ladinas y tentadores, ni Evas en hojas de higo o paños menores, golosas y ambiciosillas, pertenece a un Adán, bueno como el pan de Ambato, tan tierno y tan gordó que no se sabe, a primera vista, si es padre o madre, a pesar de que milita en el clero regular de esta arquidiócesis. Ahora está retirado del servicio activo a causa de una gota, que va para joya de gota y botón y de la edad, que ya no es la *edad media*. Razones de *estado* éstas para que el pobrecito viva hoy en la Capital al pie del médico como sa dijera, acordándose de Virgilio por aquello del

"Beatus vir" y de su colega Fray Luis de León por lo otro de "¿Qué descansada vida!"

Por cierto y como no se olvida nunca de su cortijo patrimonial el Padre Melitón Cardoso (para servirnos) ha puesto allí un ángel guardián que si no usa espada flamígera, enarbola un rebenque de seis ranas y usa un par de perros iguales al portero de cierta oficina. Respecto a la indumentaria, un poncho de dos caras, alias "caza de teja", un saco de la guerra de Gaité, en cuya derrota había tomado parte activa como voluntario y unas zamarras de lana, con lo que oja a redil a una cuadra a la redonda. Edad sesenta agostos largos. Filiación: pequesito, enclenque, picioso y patizambo. Carácter: una pura chicha dulce.

Como empleado acérrimo, acudia todas las mañanas a donde su patrón para informarle de cuanto ocurría o no ocurría en el no lejano y querido predio.

Y sucedió que un día no fue ni fue el otro, ni el subsiguiente, con grande extrañeza y sentimiento del Padre Melitón que se ahogaba en un mar de comentarios y sus posiciones.

Al fin y a la postre ascó, ¡pero cómo! claudicando lastimosamente, al andar, en cabestrillo el brazo y como una cachiporra la cara: una verdadera lástima,

— ¡A dios, Camilo! ¿qué novedad?

— Ninguna sino es que la vaca Palomina echó al mundo un becerro, que, perdonando lo presente, es un iden al taita.

— Bueno, magnífico! Pero qué te ha sucedido, mi pobre Camilo?

— Nada, sino que, perdonando la mala impresión, la vaca perra, me tumba y me hace semejante tiranía sólo en pensar que le iba yo a robar el *guagua*.

— ¡Vaya una desgracia, hombre! Pero cuando te acometió has debido correr.

— Sí corrí y más que en Gaité.

— Y al correr ¿por qué no le echaste el sombrero a la cara para espantarla?

— Si le boté el sombrero; pero no hizo caso.

— Mira, cuando las vacas no hacen caso

del sombrero, se les tira enseguida el poncho para contentarlas.

—Si le *largué* el poncho, pero la vaca ni juicio no hizo.

—Qué tall... Cuando no hacen caso ni juicio al sombrero y al poncho, se les arroja en seguida el saco para que se entretengan y puedan uno ganar tiempo y una zanja...

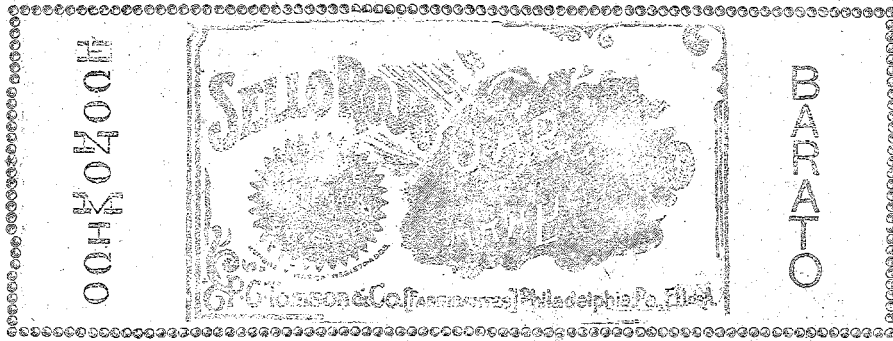
—El saco también le cedí y a un pite más, me quedo en cueros; pero, perdonando

la mala *impresión*, la vaca malcristiana bulto mismo quiso.

—¡Bulto mismo quiso! repitió el Padre Melitón Cardoso y se acordó luego que el único que ha salvado con arrojar la capa ha sido el bíblico casto José...

Y que termine el cuento la señora de Putifar.

Agnus Dei.



AVISO

Se encarga a los señores suscriptores se sirvan cancelar sus suscripciones a la presentación de la tarjeta de abono.

Ningún pago será efectivo sin este requisito.

La Administración

Vinos españoles legítimos y licores extranjeros
Precios fijos.—Carrera Guayaquil, Núm. 33.—F. E. Cabeza

TOME USTED
las acreditadas
aguas gaseosas

Terán Hnos.

SON LAS MAS PURAS
saludables y exquisitas

Quito-1919



Icy--Hot

Las botellas al vacío de la mejor calidad.

Conservan el contenido,

Hirviendo, 24 horas.

Helado, 3 días.

Botellas de medio litro y un litro, de boca angosta y ancha, de varios modelos, desde

4 sures.

El mejor surtido, se encuentra siempre donde



R. Puente y Cía.

Hotel METROPOLITANO
 — QUITO —

El más moderno y confortable hotel en el Ecuador. Recientemente abierto, y provisto de todas las comodidades de un hotel de primera clase.

Atendido personalmente por el propietario.

Isaac J. Aboab.

Dr. Francisco Alvarez P.

DENTISTA

Consultas de 8 a 11 a. m.
 y de 1 a 5 p. m.

Carera Venezuela 51.—Teléfono 61

Simón M. Montenegro e Hijos

Ofrecemos nuevas rebajas en los precios del calzado, que trabajamos con materiales recién llegados de la gran Casa Americana de Robert H. Foerderer, de Filadelfia, E. E. U. U.

Rebajamos, porque está por llegarnos una gran cantidad de cabritillas, hules, gamuzas, rusos, etc., etc.

La moderación en los precios es el sistema de «La Calzadora Americana».

Carrera Venezuela N° 50—Letras L. A. B.—Teléfono 651.—Correo a domicilio, Buzón N° 156.

Gran Agencia de Automóviles

“LA AMERICANA”

Ofrece al público el servicio de automóviles, los mejores de plaza. Cuenta con los mejores chauffers los más expertos y honorables. Garantiza sus servicios.

Pida al teléfono número 209 y será atendido inmediatamente por los precios más cómodos.

Por la noche llame al teléfono número 889.

Federico Parra.

Federico A. Medina

ALMACEN DE SURTIDO COMPLETO

de Vinos, Licores, Conservas, Confités, Abarrotos y Ferretería.

Es ventajoso para Ud. comprar artículos en este almacén que cuenta con un gran surtido de especialidades en este ramo y que goza actualmente de una gran nombradía por su calidad y precios. Junto a las Escribanías.—Teléfono 6-7-2.

HOTEL EUROPA



DINNER CONCERT

Gustavo Espinosa P.

LECHERIA LOS "POTREROS"

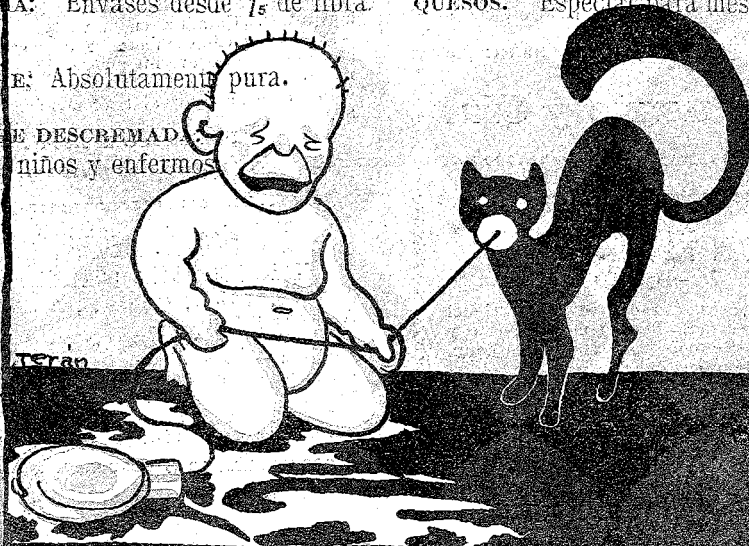
FERNANDEZ SALVADOR Hnos.—QUITO.

MANTEQUILLA: "Victoria" especial para mesa, exportación y en bulto.

CREMA: Envases desde $\frac{1}{2}$ de libra. QUESOS: Especial para mesa.

LECHE: Absolutamente pura.

LECHE DESCREMADA
para niños y enfermos.



Intersección García Moreno y Bolívar.
Frente al Banco Hipotecario.